

ciosa contemplacion, tal es la vida del musulman: esta aficion esplica la disposicion de sus habitaciones;—ella esplica tambien por que este pueblo permanece inactivo, hasta que alguna gran pasion le subleva y le vuelve su energía nativa, que deja dormir en su pecho, pero que nunca pierde. No es locuaz como el àrabe; hace poco caso de los placeres del amor propio y de la sociedad; los de la naturaleza le bastan;—contempla, medita y hace oracion. Es un pueblo de filósofos; todo lo saca de la naturaleza, todo lo convierte á Dios. *Dios* está sin cesar en su mente y en sus labios, y no como una idea estéril, sino como una realidad palpable, evidente, práctica. Su virtud es la adoracion perpetua de la voluntad divina; su dogma, la fatalidad. Con esta fé, se conquista al mundo; y se pierde con la misma facilidad y con la misma indiferencia.

Salimos por la puerta que da sobre el puerto, y entro en el hermoso kiosko, situado en el muelle, à donde viene à sentarse el sultan cuando parten sus escuadras ó vuelven de alguna espedicion, y saludan al paso à su señor.

22 de Junio.

Dos de mis amigos me dejan y salen para Europa: me quedo solo en Buyukderé con mi muger y M. de Capmas.

25 de Junio.

Hemos pasado dos dias en Belgrado, aldea situada en medio de la selva de este nombre, à cuatro leguas de Constantinopla;—inmenso robredal que cubre una serie de colinas entre el Bósforo y el mar de Mármara, à igual distancia de ambos, y que se prolonga casi sin interrupcion hasta los Balkans;—sitio tan agreste y gracioso como cualquier bosque de Inglaterra, con un lindo pueblecillo griego construido en un ancho valle en mitad de la espesura;—praderas arcades:—un rio entre los árboles:—magníficos lagos artificiales, formados entre las colinas mas altas para retener las aguas y surtir las fuentes de Constantinopla. Recibimos la mas amable hospitalidad de M. y madama Aleon, banqueros franceses establecidos, de padre à hijo, en Constantinopla, que poseen una deliciosa quinta en Buyukderé, y una casa de caza en Belgra-

do,—familia excelente, en quien la elegancia de los hábitos, la elevacion de los sentimientos, la discrecion y el tacto se unen á la gracia y afectuosa sencillez del Oriente. Otra sociedad enteramente francesa encuentro en Constantinopla en casa de M. Salzani, hermano de mi banquero de Esmirna, hombre de bien, amable é instruido, que nos trata como á compatriotas y amigos. En general, la sociedad franca de Constantinopla, compuesta de los empleados en las embajadas y en los consulados de los dragomanes y de los comerciantes de las diferentes naciones europeas, es muy superior á su reputacion. Constituida en pueblo pequeno, tiene los defectos de los pueblos de provincia, chismes y envidias,—pero hay probidad, instruccion, elegancia y mucha hospitalidad con los estrangeros. Aquí se está al corriente de cuanto pasa en Europa, como en Viena ó en Paris, y se participa mucho del movimiento vital que anima al Occidente. Hay hombres de mérito, y mugeres apreciables por todos conceptos. Reuniones he visto en Pera, en Terapia, en Buyukderè, en que hubiera podido uno creerse en los mas brillantes salones de nuestras capitales de Europa, á no tender la vista sobre el Bósforo ó sobre el Cuerno de Oro que relucia, al pié de los jardines, entre las hojas de los árboles.

29 de Junio 1833.

Excursion á las aguas dulces de Europa.—En el fondo del puerto de Constantinopla, las colinas de Eyub y las que sustentan á Pera y á Gálata se acercan insensiblemente, y no dejan mas que un estrecho brazo de mar entre las dos orillas;—á la izquierda se estiende el arrabal de Eyub con su mezquita, adonde van los sultanes en la época de su advenimiento al trono, á ceñir el sable de Mahoma, emblema de sangre, consagracion de la fuerza, religion del despotismo musulman. Esta mezquita se alza graciosamente encima de las pintadas casas del arrabal, y la cima de sus minaretes va á confundirse en el horizonte con las altas murallas griegas arruinadas de Constantinopla: en la orilla se estiende un hermoso palacio de los sultanes: las ventanas están al nivel del agua, y las anchas copas de los árboles del jardin señorean el tejado y se reflejan en el mar. Mas allá, el mar no es ya mas que un rio que pasa por entre dos praderas, llenas de colinas, de jardines y de arbolados, donde algunos zagales búlgaros tañen sus caramillos, sentados en los peñascos, pastoreando sus manadas de caballos y de cabras:—luego el rio no es en fin mas que un arroyo, en cuyas dos márgenes se ro-

zan los remos de los caiques, y donde oponen frecuentes obstáculos à la navegacion las raices de los hermosos olmos que se cruzan en las orillas. Una espaciosa dehesa, à que dan sombra robustos grupos de plátanos, se estiende á la derecha; á la izquierda se alzan frondosas colinas, y en el fondo, la vista se pierde entre las verdes é irregulares columnatas de los árboles que sombrean el arroyo y serpean con él. Así acaba el hermoso puerto de Constantinopla; así acaba el grande, bello y tempestuoso Mediterráneo:—siguiéndole hasta el cabo, encalla uno en una sombría ensenada, en el fondo de un golfo de verdura, en un banco de yerba y flores, lejos del ruido y del movimiento del mar y de la ciudad. ¡Oh! cuán bien acabaría de esta suerte la vida de un hombre! ¡Plegue à Dios dar un fin como éste à la vida de mis amigos que se agitan y brillan hoy en el teatro del mundo!

Silencio despues del bullicio, dulce oscuridad despues de una gran luz, descanso despues de la agitacion;—un nido de sombra y de soledad para recapacitar sobre la vida pasada, y morir en paz y en amistad con la naturaleza y los hombres.

¿Qué mas se puede apetecer? Yo por mí, ni aun esto, ni nada pido; mi soledad no seria ni tan bella, ni tan dulce.

Salgo del caique, y sigo las márgenes del arroyo hasta un blanco kiosko que diviso entre los ár-

boles. Junto à cada tronco veo un grupo de mugeres turcas y armenias, que rodeadas de hermosos niños que juguetean sobre la yerba, están comiendo à la sombra: por todo el prado se ven caballos de montar, ricamente enjaezados, árabes, y carruages de Constantinopla tirados por bueyes. Preceden y rodean al kiosko un canal y varios estanques, en que nadan cisnes. Los jardines son pequeños, pero el prado entero es un jardin. Aquí solia venir en otro tiempo el sultan actual à pasar las estaciones calurosas, atraido à esta deliciosa morada, porque era la que preferia una odalisca favorita. El amor habia penetrado en aquel corazon, despues de las matanzas del Almeidan, y en medio de las sensualidades del harem:—la hermosa odalisca murió aquí. Desde entónces, Mahmud ha abandonado este sitio encantado;—es fama que muchos días visita la sepultura de la odalisca.

Paso un dia en el fondo del valle, à la sombra de los árboles.

Versos escritos à V. . . . .

3 de Julio.

Esta mañana me embarqué para Constantinopla. Subí la corriente del Bósforo, entré en el mar de Mármara, y despues de haber seguido por espacio de dos horas las tapias exteriores que separan á Stambul de este mar, desembarqué al pié del castillo de las Siete Torres: no teniamos ni *tesheré*, ni guia. Despues de muchas dificultades, los soldados turcos nos dejaron entrar en el primer patio de este castillo de sangre, adonde, arrastrados por el populacho, iban los sultanes destronados á esperar la muerte, que nunca tarda cuando el pueblo es juntamente juez y verdugo. Seis ó siete cabezas de emperadores degollados han rodado sobre estas escaleras: millares de cabezas mas vulgares han cubierto las almenas de esta torre. El guarda rehusa dejarnos pasar mas adelante: miéntras va á pedir órdenes al comandante del castillo, se entreabre la puerta de una sala baja y abovedada en la torre oriental; doy algunos pasos, oigo un rugido que hace vibrar la bóveda, y me hallo frente á frente con un soberbio leon amarrado, que se abalanza sobre un hermoso galgo que me seguia: por fortuna logra este escaparse y se refugia entre mis piernas:—el leon se ponía de manos como para

tirarse á nosotros; pero la cadena le sujetaba junto á la pared. Salí y cerré la puerta. El guarda vino á decirme que espondria su cabeza si me introducía mas adelante, por lo que hube de retirarme, y salí del recinto de la ciudad por una puerta de los antiguos muros, que comunica con la campiña. Los muros de Constantinopla arrancan del castillo de las Siete Torres, sobre el mar de Mármara, y se estienden hasta las cimas de las colinas que cubren el arrabal de Eyub, hácia la estremidad del puerto en las aguas dulces de Europa,—ciñendo de esta suerte toda la ciudad antigua de los emperadores griegos, y la ciudad de Stambul de los emperadores túrcos, por el único lado del triángulo que no protege el mar: por este lado nada defenderia á Constantinopla mas que las insensibles pendientes de sus colinas, que van á rematar en una hermosa llanura cultivada. Allí se construyó esa triple hilera de murallas, en que se estrellaron tantos asaltos, y detras de las cuales se creyó por tanto tiempo seguro el miserable imperio griego. Esas admirables murallas ecsisten todavia, y son, despues del Paternon y de Balbek, las mas magestuosas ruinas que atestiguan el asiento de un imperio. Esta mañana las seguí en toda su longitud por la parte exterior:—son unos terrados de piedra, de cincuenta á sesenta piés de elevacion, y á veces de quince á veinte piés de anchura, tan tersos y blan-

cos en algunos puntos; cual si acabara de labrarlos el cincel del artifice:—me separan de ellos unos antiguos fosos llenos de escombros y de tierra vegetal, donde han echado raices, hace siglos, multitud de árboles y de plantas parietarias, que forman un impenetrable glacis, ó mas bien una selva virgen de treinta ó cuarenta piés de anchura, llena de nidos de pájaros y poblada de reptiles. A veces esta selva oculta enteramente los muros y las torres cuadradas que la flanquean, ó no deja ver mas que las mas altas almenas: á veces tambien la muralla aparece en toda su altura, y reverbera, con un brillo dorado, los rayos del sol; la festonean en su borde superior brechas de todas formas, de donde desciende la verdura como en las quebradas de los montes, y va á confundirse con la de los fosos. Casi en todas partes corona su cima un frontal de espesa vegetacion que forma como un aéreo edificio de yedra y enredaderas. De trecho en trecho, del centro de las torres cegadas con piedras y polvo, se lanza un plátano ó un ciprés;—el peso de sus ramas y de sus hojas, y los vendabales que baten de continuo esos árboles, inclinan sus troncos hácia el Mediodia, cargados de nidos de una multitud de pajarillos. De cuarto en cuarto de hora se encuentra una torre, de magnífica construccion, de que arrancan enormes bóvedas que van á rematar en otra torre, formando puertas y arcos antiguos. La mayor parte de estas puertas están tapiadas en la

actualidad, y la vegetacion, que todo lo ha invadido, tapias, puertas, almenas, cubos y torreones, forma en estos sitios los mas singulares y hermosos ayuntamientos con las ruinas y las obras del hombre. Hay planos de yedra que bajan de lo alto de las torres, como pliegues de inmensas capas; hay enredaderas que forman puentes de verdura de cincuenta piés de arco de brecha á brecha; hay pensiles de alelíes, sembrados en paredes perpendiculares, que el viento mece sin cesar como olas de flores; millares de arbustos forman almenas de hojas y de colores diversos.—De todo ese conjunto salen bandadas de pájaros, cuando se tira una piedra á las tapias entapizadas de verdura ó á los abismos de vegetacion que hay en los fosos. Vimos sobre todo una multitud de águilas que habitan en las torres, y se ciernen todo el dia al sol encima de sus nidos, &c.

Julio.

Seguimos pasando la misma vida solitaria en Buyukderé; al anochecer nos paseamos por el mar ó por el valle de las Rosas.

Visitas de M. Truqui todas las semanas: los buenos corazones tienen en sí una virtud que consuela. Dios les ha dado el único bálsamo que ec-

siste para las heridas incurables del corazón;—la simpatía.

Ayer el conde Orloff, comandante de la escuadra y del ejército rusos, y embajador extraordinario del emperador de Rusia, cerca de la Puerta, celebró su triunfo y su partida con una función militar dada al sultán en el Bósforo. Los jardines de la embajada de Rusia, en Buyukderé, cubren las faldas de una montaña que cierra el golfo y cuyo pié baña el mar; desde las azoteas del palacio se disfruta la vista del Bósforo en su doble corriente hácia Constantinopla y hácia el mar Negro. Todo el día la artillería de la escuadra rusa, surta al pié de los jardines delante de nuestras ventanas, ha estado haciendo salvas de minuto en minuto, y sus mástiles empavesados se han confundido con la verdura de los grandes árboles de ambas orillas: desde el amanecer, ha cubierto el mar una innumerable muchedumbre de barcos y de caiques en que salían de Constantinopla quince ó veinte mil espectadores, que pronto se esparramaron por los kioscos, los prados y los montes circunvecinos: muchos se quedaron en los caiques, que llenos de mugeres judías, turcas y armenias, vestidas de brillantes colores, circulaban por el mar como ramilletes de flores. El campamento de los rusos, situado en las vertientes de la montaña del Gigante, à media legua de la escuadra, se destaca con sus tiendas

blancas y azules sobre la sombría verdura y las abrasadas laderas de la montaña. Por la noche, los jardines de la embajada rusa estaban iluminados con millares de candilejas pendientes de todas las ramas; los navíos iluminados también en todos los mástiles, en todas las vergas, en todas las jarcias, parecían buques de fuego cuyas baterías hacían estallar un incendio. Sus costados vomitaban torrentes de relámpagos, y el campamento de las tropas de desembarco, iluminado por grandes fogatas encendidas en todos los cabos y en todos los montes de la costa de Asia, se reflejaba en luminosos regueros en el mar y proyectaba las llamadas de un incendio en toda la inmensa superficie del Bósforo, mientras llegaba el Gran-Señor, en medio de aquella esplendente noche, en un barco de vapor, é iba á situarse bajo las azoteas del palacio de Rusia, para gozar del espectáculo que se le preparaba. Véíasele en el puente de su buque, rodeado de su visir y de sus bajás favoritos; él se quedó à bordo y envió al gran visir á asistir à la cena del conde Orloff. Inmensas mesas, dispuestas bajo las largas calles de plátanos, y otras mesas escondidas en todos los especillos de los jardines, estaban cubiertas de oro y plata que repercutaban las luces de los árboles iluminados. En la hora mas sombría de la noche, un poco àntes de salir la luna, se alza en los aires y discurre sobre las olas un gran fuego artificial preparado sobre bal-